

Ramón GUTIÉRREZ, *El árbol de hierro. Ciencia y utopía de un asturiano en tiempos de la Ilustración (1750-1800)*. Gijón, Ediciones Trea, 276 págs.

El siglo XVIII es pródigo en figuras cuyas peripecias vitales y profesionales rozan a menudo lo excéntrico o pintoresco. Sin ser uno de los más relevantes o conocidos, el asturiano Miguel Rubín de Celis, militar de profesión, es un ejemplo de aquellos personajes, medio aventureros, medio pícaros, que supieron aprovechar en beneficio propio los resquicios que los tiempos ilustrados dejaron a la libre especulación científica y técnica. Ahora, tras varios años de investigación, Ramón Gutiérrez, arquitecto investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina y docente en varias universidades europeas y americanas, ve publicada su biografía sobre Miguel Rubín de Celis. Dicha biografía obtuvo el premio Alfredo Quirós Fernández 2005-2006, concedido por la Librería Cervantes de Oviedo (España), para obras relacionadas con Asturias.

*El árbol de hierro* consta de catorce capítulos, en los que se repasa cronológicamente la vida y la obra del protagonista del libro, y se completa con una relación de archivos consultados y un apéndice en el que se incluyen informes, cartas y documentos. El objetivo del autor ha sido no sólo trazar los rasgos biográficos de Miguel Rubín de Celis y de su singular trayectoria, «emblemática expresión del sistema de promociones tradicionales, del oportunismo aventurero de los ilustrados, de la liviandad del escenario científico y de la fragilidad del sistema borbónico», sino presentar también un panorama de la España ilustrada de la época, en lo que concierne a las reformas e iniciativas científico-técnicas, referidas en especial a las colonias americanas, escenarios donde transcurrió una parte crucial de la vida del biografiado.

Nacido en 1746 en Llanes, Asturias, en el seno de una noble familia que daría también otros personajes destacados, como su hermano Manuel, periodista y escritor, Miguel Rubín de Celis estudió en el Real Colegio de Artillería de Segovia y luego ingresó en la Armada. En diciembre de 1780 partió de Cádiz en la fragata Santa Balbina con un cargamento de cañones con destino a Centroamérica, pero durante el trayecto, y debido a las equivocaciones del capitán y a la impericia del piloto, extravió el rumbo llegando al puerto de Montevideo en septiembre de 1781. Empieza aquí una larga historia que parece sacada de una novela de aventuras. Rubín se insubordina y es reclamado para ser juzgado en la Península, pero en vez de obedecer las órdenes opta por la huida hacia adelante y, haciendo gala de sus habilidades, convence al virrey del Río de la Plata

para que le encomiende el reconocimiento del misterioso «Mesón de Fierro» en la región de Tucumán, Argentina, que desde antiguo se utilizaba como mena de hierro. Actualmente se sabe que dicho «mesón» era gran sidrita o meteorito férrico, pero a Rubín no se le ocurre otra hipótesis sobre el origen de tal masa que la de atribuirle a un «árbol de hierro», hipótesis de lo más peregrina aun para los conocimientos de la época. Rubín escribe una memoria sobre el asunto que llegará a ser aceptada por la Royal Society de Londres y leída en la sesión de 22 de noviembre de 1787, en traducción al inglés del prestigioso botánico Sir Joseph Banks. Este episodio eleva a Rubín de Celis a la categoría de reputado científico, lo que rentabilizará, sin muchos miramientos, en posteriores empresas.

Rubín de Celis recorre diversos lugares de América del Sur, estudia y emite dictámenes variados, entre ellos uno sobre las posibilidades de recuperación del famoso Cerro Rico de Potosí, valiéndose de un «ingenio» de moler metales que no es más que una copia de otro ya inventado, y que le reportará fama de experto en criaderos minerales y metalurgia. Más tarde se atreve con un peritaje sobre las obras necesarias para reparar la catedral de La Paz y «descubre» la quina calisaya, convirtiéndose en un tenaz propagador de sus virtudes curativas, en un momento en el que las fiebres tercianas azotan la metrópoli. Gracias al comercio de la quina Rubín se hará rico. Al asturiano se le puede aplicar la crítica que su paisano Jovellanos dirigía a los científicos «a la violeta» cuando afirmaba que las ciencias habían dejado de ser un medio para buscar la verdad y se habían transformado en «un arbitrio para buscar la vida». Y al hablar de la dialéctica entre la ciencia y el negocio, Ramón Gutiérrez dice:

Es curioso que a Rubín de Celis le tocara, en apenas un lustro de actuación en América, tener contacto breve con actividades vinculadas al hierro, a la minería, a la construcción, a la botánica y a la medicina, y esas dotes de cobertura evidenciaron que una formación básica en matemáticas y dibujo, ligereza de palabra, audacia de gestos y cierta dureza facial eran suficientes para transformarlo raudamente en «especialista» y, a su retorno a Europa, en «científico ponderado por sus conocimientos americanos.

En 1785 Rubín de Celis es urgido para regresar a España. Una vez aquí es juzgado, condenado y puesto en libertad. Se convierte entonces en comerciante de azogue, pero al poner en evidencia cierto negocio del conde de Floridablanca, es expulsado de la villa y Corte. Rubín huye de España en julio de 1789 y se instala en Bayona, donde se unirá a las proclamas revolucionarias. Como consecuencia de ello es degradado de sus títulos de caballero de la orden de Santiago.

Sus últimos años fueron de amarga decadencia, quejas y reivindicaciones, falleciendo en Bayona en 1799.

El libro de Ramón Gutiérrez está bien documentado, aporta fuentes y documentos inéditos y una abundante bibliografía. Lleva numerosas notas a pie de página, pero se echa en falta un índice onomástico al final. La edición es visualmente atractiva y contiene unas cincuenta ilustraciones, de las que cerca de la mitad son en color. Está escrito con un lenguaje académico, pero accesible al lector no especialista en la materia. Tiene, asimismo, el acierto de centrarse en una figura poco estudiada de la Ilustración española, pero no por ello carente de interés. Al contrario, el hecho de poder seguir con detalle las actividades y vicisitudes de una figura menor pero significativa como Miguel Rubín de Celis, nos ayuda a comprender, tal vez mejor que a través de las grandes figuras, ciertos entresijos y claroscuros de un siglo complejo y contradictorio.

JORGE ORDAZ